

MISCELANEA
CRONICA DE UN MARINERO ALEMAN*
(sobre la Guerra del Pacífico, 1879)

J. Lüdemann

NAVEGABAMOS ahora a lo largo de la costa y al atardecer estuvimos frente al puerto de Valparaíso. Sin embargo, no llegó ningún práctico, por lo que tuvimos que cruzar hasta el día siguiente. Debido a la neblina anclamos recién en la tarde en Valparaíso, donde había muchos buques chilenos e ingleses.

Pronto supimos que la guerra entre el Perú y Chile aún no había terminado y que el vapor hamburgués Luxor estaba detenido en el Callao. En los combates librados hasta ahora los peruanos perdieron un blindado y los chilenos dos pequeños buques de madera. El 20 y 21 recibimos carbón; el 24 y 26 se le dio permiso a parte de la tripulación sólo hasta las 8 a 9 p.m. A pesar de muchas solicitudes de un franco más prolongado, no fue concedido, lo que tuvo como consecuencia que muchos se tomaran más asueto y algunos desertaran. El comandante no nos volvió a dar permiso. El número total de los desertores fue de seis. El 30 el buque fue alistado para zarpar. Poco antes de las 6 p.m. fueron tocados los pitos para levar ancla. La tripulación estaba malhumorada y descontenta e izaba la cadena del ancla lo más lento posible. Después de tres horas habían izado el ancla y desplegado las velas y con el viento favorable dejamos el puerto. Entonces cenó la tripulación. Puesto que el comportamiento de los hombres no dejaba entrever nada bueno, el comandante ordenó maniobrar hasta que cambiaran de actitud. Así, fueron hechos ejercicios hasta casi medianoche, cuando la tripulación depuso su actitud.

El 7 de septiembre llegamos cerca de la costa. El 8 a mediodía anclamos en la bahía del Callao. Hay hartos veleros y muchos buques de guerra. Callao es una pequeña y acogedora ciudad, donde se ven muchos alemanes. Se ven las afueras de Lima. El vapor Hamburgués Luxor, que al parecer llevó material bélico a Chile, está retenido aquí. No hay permiso para bajar a tierra.

El 9 arribó el blindado inglés Triumph en la bahía y ancló entre el buque de guerra francés La Victorieuse y la corbeta inglesa Turquoise. El 10 hubo mucho movimiento en el puerto. En la mañana hubo salvas de cañón. A bordo del blindado Triumph hubo cambio de mando del Almirante y todos los buques saludaron al nuevo Almirante. El 20 llegó la corbeta estadounidense Unión. El 25 en la mañana zarpó de la bahía el blindado La Victorieuse. El 26 los peruanos embarcaron seis mil hombres a bordo de su transporte a vapor Rímac y Chalupe. A la mañana siguiente ambos buques dejaron la bahía en

compañía de la Unión, para dirigirse a Arica, donde las tropas de la frontera necesitaban refuerzos.

El primero de octubre llegó la cañonera francesa Petit Roi a puerto, abandonándolo el día siguiente, y llegó otra cañonera, la Hugon. A la mañana siguiente izamos nuestros botes a bordo y abandonamos la bahía con cuatro calderas llenas de vapor. Las maniobras que hacíamos causaron grandes sorpresas en los peruanos, pues tal velocidad del andar y caídas de los buques les eran desconocidas. En la tarde nos detuvimos en San Lorenzo, que es una isla pelada, bastante elevada y deshabitada. El 10 llegó la noticia al Callao que el blindado Huáscar había sido apresado en un combate con los chilenos y también que la Unión estaba muy dañada. El Huáscar parece haber causado mucho daño a los chilenos y era, por decir así, la esperanza del Perú. Al parecer se acabará pronto. El domingo 12 llegó la Unión después del Combate de Mejillones. No pudo dar más información sobre el Huáscar, excepto que su comandante cayó en el combate y además la mayoría de los oficiales; el monitor no pudo escapar a la superioridad de los chilenos y por eso tuvo que rendirse.

La Unión no pudo ayudarlo y tuvo que guarecerse.

En la mañana del 27 volvimos al Callao, donde quedamos al lado del Triumph. Al día siguiente llegó un vapor correo inglés con la bandera a media asta, al que todos los buques de guerra en la bahía respondieron en la misma forma.

Hacia mediodía supimos que el vapor inglés traía el cadáver del Almirante Grau. La Unión y las baterías de costa disparaban salvas de duelo.

El 3 de noviembre llegó la corbeta cubierta estadounidense Pensacola, mientras que la corbeta de igual nacionalidad, Alaska, daba rumbo a Arica.

El 7 en la tarde había gran excitación en tierra. Las mujeres peruanas sentían mucha ira en sí y se dirigieron contra las chilenas que vivían en el Callao. A éstas les arrancaban las vestimentas y las golpeaban hasta que los militares intervinieron enérgicamente.

El 8 dejó el puerto un transporte peruano con tropas, en compañía de la Unión; las tropas deben ser muchas, en lo posible en Arica, porque allí se espera un desembarco de los chilenos.

El 10 llegó el crucero inglés Thetis a puerto. El 13 dejó la bahía el blindado francés La Victorieuse. A las 6 de la tarde llegó la corbeta italiana Garibaldi a puerto.

El 14 abandonamos el Callao para dirigirnos a Ancón, que es un balneario cerca de Lima. El 19 llegó la noticia desde el Callao que el Presidente del Perú se había fugado y que estalló la revolución en Lima. El 21 a las 9 p.m. llegó un mensaje del consulado (alemán) informando que hay

revolución en Lima y que volveríamos al Callao, en donde estaba, fuera de los buques antes mencionados, el blindado inglés Shannon. Nuestros licenciados contaban que cuando llegaron cerca de Lima en el tren el domingo hacia las 6 p.m. oyeron disparos y gran escándalo. El tren se detuvo. Un mensaje contaba que ya a las 4 de la tarde había combates callejeros en la plaza de la catedral, o sea, en las cercanías de la estación. Nuestra gente vio el campo de batalla, en el que ya no quedaban más militares sino 500 o 600 muertos y heridos. La causa de la revolución fue la silla presidencial. El Presidente fugado había dejado escrito que quería ayuda estadounidense para la guerra y que el Ministro de Guerra llevaría el Gobierno durante su ausencia. El General Piérola no estuvo de acuerdo con ello y quiso ser el Presidente. Piérola es un valiente soldado y era muy querido por el pueblo y por sus tropas. Por eso logró conquistar para su causa a todos en el Callao y se dirigía ahora a Lima para tomar a su cargo el Gobierno.

En las luchas callejeras tuvieron que resistir mucho sus tropas, pues los rivales tenían posiciones ventajosas en las casas.

Cuando el Ministro de Guerra hizo venir más cañones y disparar cartuchos, Piérola tuvo que retirarse al Callao. Al segundo día todos los oficiales se pasaron junto a sus soldados al bando de Piérola, quien se convirtió en Presidente, restableciéndose la tranquilidad y el orden. El nuevo Presidente procedió enérgicamente. Hace algunos días, cuatro suboficiales intentaron asesinarlo y los hizo fusilar de inmediato.

Los ingleses parecen tener algo en mente, pues hay muchos buques de guerra de esa nacionalidad en la bahía y en la costa.

Enero de 1880

El 11 fue liberado por el Gobierno el vapor alemán Luxor, en consideración a la colonia alemana en Lima que se mostró muy patriótica durante la guerra. El 18 el Luxor se dirigió a Arica a buscar heridos. El 25 y 26, con nuestros catalejos vimos cruzar al Huáscar ante la entrada de la bahía. En el Callao se hallaba el Shannon. La Victorieuse se dirigió a Arica y la cañonera alemana Hyäne entró al puerto. El 21 fue fusilado un marinero a bordo de la corbeta peruana Unión por haber acuchillado a un contramaestre; la ejecución de la sentencia tuvo lugar sin mayores preámbulos, pero los soldados dispararon tan mal que el sentenciado seguía con vida después de la primera salva y hubo que disparar una segunda.

El 23 los estadounidenses celebraron el cumpleaños de Washington. Todos los buques estaban empavesados, menos los ingleses; posteriormente se dignaron a ello.

Llegó la noticia de que los chilenos habían desembarcado en la cercanía de Arica para caer sobre la ciudad por la espalda. Nuestro comandante

determinó de inmediato dirigirse a Arica. El 5 gobernamos cerca de tierra y pronto pudimos divisar a la corbeta chilena O'Higgins; apenas desapareció de la vista vimos otros buques chilenos.

Así permanecemos hasta que en la tarde recalamos en Ilo. Los buques chilenos se hallaban juntos cerca de la costa, de modo que el buque más cercano pudiera oír cuando el buque vecino disparaba un tiro; los chilenos habían desembarcado aquí con unos diez mil hombres, que acamparon ante la ciudad. Además se hallaban en la rada de Ilo el buque insignia chileno Blanco y otros buques de guerra.

Paramos las máquinas y bajamos un bote al mar en el que se embarcó un oficial nuestro, para ir a bordo del buque insignia. Al volver disparamos las acostumbradas salvas de saludo a la insignia y seguimos rumbo a Arica.

Los chilenos querían levantar campamento al día siguiente y marchar sobre Arica, para atacar allí al enemigo. A la mañana siguiente estuvimos cerca de dicho puerto, donde estaba el Huáscar y un transporte que bloqueaban el puerto. El Huáscar es sólo un buque pequeño y no parece que bajo bandera peruana se haya podido infundir tan terrible respeto a los chilenos.

Nuevamente paramos las máquinas y enviamos un oficial a bordo del Huáscar. Entonces entramos a Arica, donde estaban la corbeta inglesa Turquoise y la cañonera francesa Chasseur. Además, bajo el fuerte de Arica se hallaba el monitor peruano Manco Cápac, el cual sostuvo hace algunos días un combate con el Huáscar, que perdió a su comandante y doce hombres. Al atardecer, antes del ocaso, los chilenos dispararon tres salvas sobre Arica. Un tiro cayó en medio de la ciudad, uno en el fuerte y otro quedó corto. La ciudad ya está bien bombardeada y los peruanos ya se mudaron todos a Tacna, una ciudad que está a algunas horas de Arica, más allá del cerro. Los chilenos son esperados diariamente, pero hasta ahora no han dado señales. A veces hay afuera cuatro (buques) chilenos y luego sólo se ven dos.

El 7 llegó la corbeta italiana Garibaldi y el 8 la cañonera francesa Hussard. El 14 la corbeta Freze (?) desde Wilhelmshaven, que nos relevará. El 16 levamos ancla para dirigirnos al Callao. A la mañana siguiente llegamos a la rada de Ilo. En la ciudad todavía se encontraban todas las fuerzas militares chilenas que ya esperábamos hace ocho días en Arica. El 19 (estuvimos) en el Callao. En la noche del 20 llegó la Unión, que había ido a Arica a pesar de estar bloqueada por el Huáscar y un transporte, deslizándose entre los buques, y arribó a las cinco de la madrugada sana y salva a Arica, donde ancló al amparo del fuerte y transportó a tierra las cosas que había llevado para Arica; cañones, munición y provisiones.

El Huáscar se acercó algo entonces y se convenció de que era realmente la Unión, a lo que el transporte se alejó y fue a buscar al blindado Cochrane. Los tres buques se acercaron entonces a distancia de tiro y abrieron fuego sobre la Unión, que contestó el fuego. Los cañones del fuerte efectuaron tantas descargas que los chilenos tuvieron que retirarse. Los buques se dirigieron al norte de Arica y al parecer sostuvieron un consejo de guerra. Esta circunstancia fue aprovechada por la Unión para hacerse a la mar a todo vapor. Los chilenos la persiguieron, pero de nada les sirvió ya que era considerablemente más rápida que ellos. Las bajas de la Unión son dos muertos y algunos heridos, además de unos tiros en el casco. En la noche del 21 llegó aquí la Unión sana y salva, siendo saludada al día siguiente con gran júbilo por los peruanos. El 30 a las 23 horas fueron enviados unos cien soldados peruanos a Arica a bordo de un transporte.

El 10 de febrero a las 5 a.m. oímos un estallido, después tiros de fusil. Una torpedera chilena había entrado al puerto para lanzar un torpedo a la Unión o al monitor, pero esto no tuvo éxito porque los buques estaban rodeados de vigas que detuvieron al torpedo.

La Unión contestó entonces con fuego de fusil a la torpedera, que se retiró rápidamente. Pasó a babor de nosotros y se acercó bien para quedar cubierta, al igual que con los restantes buques de guerra. Las balas peruanas silbaban por encima de nuestras cabezas, de modo que era arriesgado permanecer sobre cubierta. Recibimos dos tiros en la chimenea y muchos impactaban en la borda.

Cuando se hizo de día nuevamente vimos afuera cinco buques de guerra chilenos (Blanco, Huáscar, Pilcomayo, una corbeta de madera y el Angamos) y dos transportes. Hacia mediodía los chilenos enviaron un bote parlamentario que anunciaba el bloqueo. Al quedar el bote a la vista se le acercó un pequeño bote peruano. Luego atracó el bote chileno en todos los buques de guerra para notificar a los comandantes lo que querían hacer. Como dicen, dieron ocho días de plazo para evacuar la ciudad y el puerto, después iban a bombardear. Los chilenos efectúan ahora casi todas las noches incursiones a la ciudad y a menudo somos despertados por disparos.

Los buques peruanos se retiraron todos al puerto interior y se protegieron debidamente con barricadas. El bombardeo fue postergado hasta el 20, día en que levaron ancla todos los buques en la bahía y se estacionaron al norte del Callao, fuera de la línea de tiro. El bombardeo debía comenzar en la tarde, pero los chilenos no se pusieron en posición. El 22 en la tarde la escuadra chilena, que estaba en San Lorenzo, levó ancla y se acercó al Callao. Estábamos muy impacientes de qué iría a pasar. El Huáscar, que no presenta un blanco demasiado grande como los restantes buques, se adelantó unos cien

metros y comenzó a disparar. Lo mismo el Pilcomayo y el Angamos. Después de unos tiros, los fuertes peruanos contestaron el fuego, avivándose el bombardeo. Las balas chilenas caían por lo general en la ciudad; en cambio, los peruanos siempre quedaban cortos y no le dieron a ningún buque.

Recién después del ocaso se retiraron los buques chilenos y dejaron de disparar. Los chilenos dispararon en esta tarde 126 tiros, los peruanos, 91. El 23 a temprana hora del día estuvo nuevamente en la bahía la torpedera chilena. Dado que estábamos demasiado lejos no pudimos ver nada del breve combate, sólo oír los tiros. Durante la mañana nuestra lancha se dirigió al Callao. Volvió con la noticia de que el bombardeo de ayer no había causado daño considerable. Los chilenos son muy lentos en su conducción bélica; nuevamente están en San Lorenzo.

El 3 de mayo al atardecer oímos algunos disparos. Uno de los buques chilenos aprovechó la oscuridad y se había acercado bastante al Callao, disparó rápidamente unos tiros y se retiró. El 5 de mayo en la tarde se acercó el transporte a la ciudad. Los peruanos le dispararon unos tiros de fusil, tras lo cual se alejó.

Navegamos a Ancón. Los chilenos son buena gente, sólo bloquean ese único puerto y dejan los otros abiertos, para que los peruanos puedan conseguirse las cosas necesarias. El 10 de mayo en la tarde oímos un movido tronar de cañones en el Callao. Según las noticias, los chilenos atacaron con todos los buques, osando acercarse un poco más. El Blanco recibió un impacto que lo obligó a retirarse de inmediato del combate; al parecer, algunos de los buques menores también recibieron impactos.

Los peruanos repasaban los fuertes y sólo tuvieron daños menores. El transporte Oroya, que estaba en el puerto interior, recibió al parecer varios tiros. Cuando el Blanco recibió el impacto se animaron los peruanos. ¡Viva el Perú! gritaba el pueblo con cada tiro que era disparado. Los chilenos se retiraron muy pronto, de modo que los peruanos no les pudieron dar y los buques se acercaban entonces individualmente, giraban y disparaban y salían rápidamente.

En la tarde llegó la cañonera francesa Decres.

El 11, poco después del mediodía llegó la corbeta chilena O'Higgins. Quedó fuera de la bahía y envió un bote al puerto para informar del bloqueo. A los buques en puerto se les dio ocho días de plazo para evacuar el puerto. El 12 en la mañana el Presidente Piérola hizo un reconocimiento de los cerros. Quizás buscaba un sitio adecuado para emplazar una batería. En la tarde llegó el Shannon al puerto. El 19 tuvieron que salir del puerto todos los buques mercantes, pues había vencido el plazo. La O'Higgins envía ahora todas las tardes al puerto su lancha a vapor, que cuenta con un pequeño cañón. El 21 al

atardecer disparó sobre el tren proveniente de Lima y trató de interrumpir la vía férrea con sus granadas. El 22 en la mañana ancló no lejos de nosotros la O'Higgins. El 24 en la mañana se dirigió una brigada de jinetes y caballos de carga a Ancón por la playa. Al ver a la tropa, la O'Higgins le disparó algunas granadas; los jinetes se dispersaron y las mulas siguieron su camino a Ancón.

El 27 oímos truenos de cañón en el Callao. Los buques chilenos bombardearon la ciudad por tercera vez. El 29 en la mañana zarpamos, pasando a mediodía a la escuadra chilena en la bahía del Callao. Así navegamos a lo largo de la costa hasta llegar a Arica el 2 de junio, donde se encontraba una escuadra chilena compuesta por el blindado Cochrane, las corbetas Magallanes y Covadonga, los transportes Limarí y Copiapó y la cañonera Toltén. Paramos las máquinas y enviamos a un oficial a bordo del buque almirante a fin de obtener permiso para entrar a puerto.

Allí obtuvimos la noticia de que la ciudad de Tacna había sido tomada por los chilenos el 26 de este mes y que éstos atacarían Arica en los próximos días, por mar y tierra. Luego seguimos viaje y anclamos una media hora después en el puerto de Arica, donde estaban, fuera del monitor peruano Manco Cápac, la corbeta inglesa Thetis y la cañonera francesa Hussard. Permanecemos con presión en calderas para salir de inmediato de la línea de tiro en caso de un ataque de los chilenos a Arica. Durante la tarde avanzaba el ejército chileno desde el norte sobre Arica y armó campamento a algunas millas delante de la ciudad. Durante la siguiente jornada llegaron hombres, mujeres y niños; eran habitantes de Arica que ante el peligro amenazante buscaban protección donde nosotros. También a bordo de la Thetis y la Hussard llegaron pasajeros.

Creíamos seguro que los chilenos irían a atacar en el transcurso del día, pero éstos no hicieron ningún amago y así esperamos el ataque el 4, pero en vano. Durante la mañana salió un bote francés donde los chilenos. En el intertanto se unió a la escuadra un transporte chileno que traía una carta del Cónsul en Iquique para nuestro comandante. El bote francés traía la carta a nuestro comandante, quien la leyó y ordenó que saliéramos de inmediato a mar abierto.

Los pasajeros tuvieron que bajar apresuradamente de a bordo, lo que no les gustó en absoluto. A las 4:30 p.m. levamos ancla, después de habernos despedido de los chilenos y navegamos a Iquique.

En la tarde, a las 6 p.m., levamos ancla y volvimos a Arica donde llegamos a las 6 a.m. El Thetis y el Hussard estaban a la gira, puesto que los chilenos habían bombardeado Arica y los buques tenían que dejarles lugar. Los chilenos instalaron dos baterías en los cerros, para disparar desde allí a los

fuertes de abajo en Arica. Ahora esperamos que los chilenos ataquen en cualquier instante.

El 6 de junio en la tarde abrieron fuego las baterías chilenas contra los fuertes que se hallaban abajo junto al mar, los que pronto contestaron el fuego. Al cabo de una hora se acercaron más los buques chilenos.

El transporte Loa llegó primero y comenzó a disparar, cuando ya no estaba lejos de nosotros. Luego se acercaron los restantes buques y abrieron fuego sobre los fuertes de la ciudad.

Tuvimos que levar ancla porque repentinamente estuvimos rodeados por todos los buques, y había que dejarles espacio. El blindado Cochrane pasó orgulloso y valeroso a nuestra cuadra, como si quisiera mostrarnos que no temía a las balas peruanas y disparaba desde una distancia considerablemente más corta que los restantes buques. Pronto nos pareció como si formáramos parte del combate porque nos hallábamos en medio de los chilenos y vimos caer las balas peruanas no lejos de nosotros en el agua.

Una vez que levamos ancla salimos mar afuera y anclamos en un lugar donde no estorbábamos a los chilenos ni a los peruanos. El cañoneo duró hasta casi las 5 y produjo poco daño a ambas partes, porque las distancias eran muy grandes para poder disparar con seguridad. Una batería chilena en el cerro recibió una granada del fuerte inferior (en el río San José), que tuvo tanto efecto que estuvo callada bastante tiempo.

El Cochrane también recibió una granada que hirió a unos treinta hombres y mató a otros. Los chilenos dispararon en estos días: Las baterías en el cerro, 180 tiros; el Cochrane, 17 tiros; el Magallanes, 26 tiros; la Covadonga, 22 tiros, y el transporte Loa 9 tiros. Los peruanos dispararon: el fuerte-castillo del Morro, 45 tiros, 33 a los buques y 12 a la batería en los cerros; el fuerte en el río San José, 36 tiros (21 a los buques y 15 a la batería); el fuerte del Este, 6 tiros sobre las tropas chilenas; el monitor Manco Cápac, 5 tiros a los buques.

Hacia las 5 se retiraron los buques chilenos y las baterías pararon el fuego. Los últimos buques en disparar fueron el Loa sobre el Manco Cápac y el fuerte San José sobre el Loa. Luego quedó todo en silencio. En la mañana siguiente a las 3 a.m. las tropas chilenas atacaron los fuertes en el río San José, apoyados por la batería en el cerro. Al mismo tiempo fue atacado el fuerte del Este por tropas que el día anterior habían rodeado los fuertes durante el cañoneo.

El comandante chileno había enviado antes un parlamentario a Arica y mandó avisar a través suyo que si los peruanos hacían explotar minas o actuaban arteramente, la ciudad sería saqueada y no habría perdón. Tras un tenaz combate, los peruanos tuvieron que ceder y los chilenos ocuparon los

fuertes. Pero apenas ingresaron los primeros 250 hombres explotó primero uno y de inmediato el otro fuerte en el río San José. Los restantes soldados chilenos atacaron entonces con toda furia. Avanzaron sobre la ciudad y luego sobre los fuertes del Este y del Morro. El primero fue atacado por dos flancos y al parecer no supieron que hacer y prefirieron hacer volar los fuertes ellos mismos.

600 peruanos murieron por esa causa y el resto huyó al castillo del Morro. Pero los chilenos los siguieron y se produjo una horrorosa matanza que sólo duró poco tiempo, pero que le costó la vida a la mayoría de los peruanos.

Hubo unos ochenta prisioneros; los restantes de los 1.500 hombres cayeron. Cuando el comandante del Manco Cápac vio que Arica estaba perdida, envió a toda su tripulación a los botes y hundió el buque. El mismo subió a una torpedera y salió en ella. Por largo rato parecieron estar indecisos respecto de qué hacer. Entonces el comandante agitó repetidamente su gorra y gritó en voz alto: ¡Viva el Perú!, y en rápido viaje pasó la torpedera cerca de nosotros hacia la escuadra chilena que se encontraba no lejos tras nosotros. Creíamos que tenía la intención de saludar a uno de los buques chilenos con un torpedo, pero luego vimos que la torpedera sólo quería escapar. Los chilenos parecieron haber perdido la cabeza en el apuro. Dejaron pasar la torpedera y recién comenzaron a disparar cuando ésta ya se había alejado. Entonces los buques se dispusieron a perseguir a la torpedera, lo que no lograron ya que ésta es tanto más rápida que aquéllos. Al atardecer retornó el Cochrane de la persecución. La gente sostiene que le dieron a la torpedera, pero seguimos creyendo que logró pasar y que se encuentra camino al Callao. El Manco Cápac se hundió a las 7:30 horas y este lapso también debe ser calculado para la toma de Arica.

Durante la mañana, la Thetis nos entregó sus pasajeros (unos doscientos), porque se dirigía al Callao. Hacia mediodía vimos elevarse humo de diferentes lugares de Arica. En la tarde la ciudad se hallaba en llamas.

Al caer la noche la ciudad ofrecía una hermosa pero horrorosa visión. Ardía en unos doce a quince lugares distintos, por lo que estaba iluminada casi con la claridad del día. El fuego seguía ardiendo varios días después. El 8 fueron tomadas medidas para reconocer nuevamente la ciudad. Desde a bordo vimos algunos cadáveres en el Morro, que al parecer habían caído desde lo alto, quedando tendidos en las rocas salientes. A nuestros oficiales y oficiales de cubierta se les permitió bajar a tierra para visitar la ciudad.

Casi todos trajeron fusiles peruanos y munición, ya que éstos se hallaban por montones en las calles. El 9 en la mañana despachamos a nuestros pasajeros a tierra. Hacia mediodía llegaron a bordo el comandante chileno y algunos oficiales.

Los fuertes en Arica estaban todos minados para hacer volar a los chilenos por el aire; los chilenos también encontraron los cañones cargados con dinamita. Todos los fuertes fueron hechos estallar, excepto el castillo del Morro, de cuya mina los chilenos encontraron el cable y lo cortaron justo a tiempo.

Una vez que las tropas chilenas hubieron descansado algunos días marcharon a Tacna, para ser transportadas por tren a Ilo y desde allí en buque al Callao. Un pequeño comando de guardia quedó en Arica.

Para mi gran felicidad arribó el 10 a las 8 a.m. el SMS Bismarck (equivalente en alemán al HMS de los ingleses). El 11 en la tarde levamos ancla y navegamos a Iquique.

El 15 llegó el Cochrane y un transporte con prisioneros de Arica y seguimos viaje a Valparaíso.

El 24 amainó el temporal y levamos ancla y por segunda vez gobernamos hacia el estrecho de Magallanes. El 26 llegamos a Punta Arenas, que es una pequeña colonia donde los vapores hacen carbón y se reabastecen. El Estado chileno envía allí a sus criminales en castigo.

* N. de la D. Las anotaciones que se transcriben en esta crónica las hizo entonces marineró J. Lüdemann, de dotación del blindado alemán Hansa de estación en el Pacífico sur, y abarcan desde agosto de 1879 a junio de 1880.

La obtención de estas impresiones tiene su propia historia.

En 1938, con motivo de la conmemoración de los ochocientos años de la ciudad alemana de Bernburg, viajó hasta dicha ciudad la señora Inés Holzapfel Hantelmann de Bonert, residente en la ciudad chilena de Temuco. Allí tuvo la ocasión de conocer, anciano ya, al Sr. Lüdemann, quien le permitió copiar parte de su viejo diario de a bordo en aquellos párrafos vinculados a Chile. En esta transcripción la Sra. Bonert tuvo la habilidad y paciencia de traspasar el texto desde los recargados caracteres góticos en que estaba escrito a los signos propios del alemán moderno.

La Sra. Holzapfel la madre del que fuera capitán de Navío de la Armada de Chile, don Federico Bonert Holzapfel, ya fallecido. Su viuda, doña Elena Anwandter de Bonert, en cuyo poder está el cuaderno de doña Inés, tuvo la gentileza de facilitarlo a Revista de Marina para la utilización de su interesante contenido.

El Capitán de Corbeta (RN) don Dietrich Kern Vilgertshofer, activo colaborador de nuestra revista, logró, a su vez, descifrar la difícil caligrafía de doña Inés y, luego, tradujo el texto al castellano.

Toda esta serie de favorables circunstancias nos permite divulgar esta pintoresca y personalísima visión de un observador imparcial sobre

acontecimientos relevantes de nuestro pasado naval y militar -que conocemos en una perspectiva decantada por el paso de los años y la aplicación rigurosa de los estrictos cánones de la investigación histórica- los que adquieren mayor realismo y aparecen redivivos por el dinamismo que fluye del relato espontáneo de un testigo presencial.